

Donde esté tu Alma



Kenshinkan dôjô 2015

En el último libro de Arturo Pérez Reverte ("*Hombres buenos*") el autor describe una escena que, a mi juicio, denota muchas cosas, entre ellas el Amor que alguien puede sentir cuando encuentra, después de mucho deambular, el Alma de aquello que ha buscado con ahínco durante toda su vida.

Don Hermógenes Molina, uno de los protagonistas de la novela se encara finalmente con su Sueño -L'Encyclopedie- en la lujosa biblioteca de un mecenas parisino. Éste le invita a leer unas líneas, firmadas por D'Alambert como prólogo de esa monumental Obra literaria, pero allí, frente a frente con ese "*Compendio de Sabiduría*", que tanto había supuesto para él y su acompañante -el "*Almirante*" Don Pedro Zárate- deja el párrafo a mitad de su lectura. La emoción de saberse en la cima de su sueño le gana y, conteniendo las lágrimas, cierra el libro.

Después de años de afán, tras un viaje en carreta por la España del XVIII camino de Hendaya, cruzada Francia hasta la cuna de París, el destino de su viaje se manifestaba abiertamente y, lo que es más importante, compartía con él el contenido de sus páginas.

Recordaba con estas páginas otras, instaladas ya en los arcanos de la memoria. Eran lecturas que me habían causado honda impresión en el momento de ser leídas y también hablaban, en aquellos años ya pretéritos, de la búsqueda del Alma. Sí, aquel libro aún provoca impulsos dentro de mí.

Contaba esta otra historia que un joven había subido al tren en una de las estaciones del trayecto que cubría la línea Munich-Hamburgo. Se había presentado formalmente, acomodado con discreción y sentado, a continuación, sin hacer el más mínimo ruido. Sus primeras respuestas -al acecho de las primeras preguntas- habían sido monosilábicas. Después, se fue encerrando dentro de sí, dejando deambular sus pensamientos, dirigiendo miradas furtivas más allá de las ventanas.

¿Habría escondida un alma dentro de él, en algún lugar imposible de advertir a simple vista?; se preguntaba su compañero de apartado, quien no cejaba en el empeño de encontrarla costara lo que costara.

Después de observarlo, detenidamente, tratando de averiguar la ubicación de aquella "*morada sagrada*", advirtió una señal que le hizo concebir cierta esperanza. Sí. Algo, verdaderamente importante, había dentro del equipaje del joven, pues tocaba, con devoción, la maleta que había colocado en el estante superior.

Llegando a su destino, el muchacho bajó sus pertenencias, abrió la cerradura del equipaje y pudo ver, por fin, que las manzanas que había comprado en el mercado aún estaban allí, intactas. En aquel mismo instante, su semblante se transformó, se encendieron sus ojos y apareció una sonrisa furtiva entre sus labios.

Su vecino, que había sido espectador de excepción de semejante transformación, no pudo sino preguntar la razón del repentino cambio de ánimo. Aquellas jugosas manzanas - contestó el joven- eran el regalo de cumpleaños para su madre, a quien no veía desde hacía meses.

Por fin había encontrado la respuesta: el alma del joven acompañante había estado encerrada allí, en el interior de la maleta que contenía unas manzanas jugosas y ahora, cuando despertaba a su textura, cuando volvía sobre ellas, cuando pensaba en su destino, él mismo llegaba a mostrarse como verdaderamente era.

Este episodio está rescatado de "*Mi Credo*", uno de los libros más insignes del Premio Nobel Herman Hesse y hoy he vuelto sobre él, tratando de encontrar respuesta a mis interrogantes en relación a un futuro que considero incierto: el de las viejas Artes Marciales, esas vetustas, obsoletas y atemporales formas de Cultura que tanto hemos amado y amamos.

Esas, que en nuestros días se tiñen de recreo y esparcimiento; esas, que en la actualidad se presentan: inmediatas, instantáneas, raudas, anticipadas y precoces.

Pero, ¿por qué ahí, en ese preciso capítulo escrito por Hesse podría obtener algún bálsamo que atemperara mi espíritu, que apaciguara mi inquietud...?

Ahora, que todo se manifiesta bajo premisas de rentabilidad que gobiernan un mercado sin fin; ahora, que transitamos un mundo tan a la vista, tan falto de interioridad, con tan poca intimidad; ahora, que es antes la distracción que la formación interior; ahora, que es primero el tratamiento superficial de los quehaceres, que la diligencia exigida para una verdadera observación; ahora, que el logro sencillo de la evasión reemplaza la lenta construcción de nuestro armazón; ahora, pensaba: ¿Es tiempo ahora de desempolvar el viejo espíritu de esas nobles Artes...?

Por mi parte, había vuelto de un largo viaje y, a pesar de compartir en una tertulia de amigos todas las experiencias que había vivido en aquel dōjō remoto e inaccesible, alejado de todo, olvidado del mundo, atemporal y caduco -pero, también, absolutamente, auténtico- no encontraba entre mis interlocutores más que palabras huidizas, expresiones de suficiencia y explicaciones que denotaban unas preferencias que se sostenían, claramente, en otros principios: esos en los que se basa, muy frecuentemente, la práctica del Arte Marcial, que decimos amar.

En efecto, para algunos, aquellas vetustas Artes Medievales de las que hablaba, no contenían ciertos elementos clave si, como éstas exigían para ser comprendidas, habría uno de entregarles: esfuerzo, tiempo, sacrificio, respeto, silencio, aceptación.

Uno de los preceptos que defendían mis compañeros de conversación era el divertimento.

Sí. Era una opción válida, pensé, pero la Cultura tiene otros parámetros y, como la propia Literatura, no todo ha de ser evasión en el Arte. ¿Dónde encuadrar, pues: Concentración, Meditación, Indagación Personal, Disciplina, Carácter, Método, Voluntad, etc...?

Sumando estrategias en mi contra estaban, además, los nuevos tiempos, las nuevas tecnologías, las oportunidades nuevas de abrir unas puertas antes blindadas por el

espacio-tiempo, los idiomas o la falta de reconocimiento; a todo lo cual, añadiría yo, vehementemente -y no sin crítica irónica y ácida: la escasez en nuestro tiempo de ese impulso primario, instintivo, irracional e ilimitado, que es el Amor de verdad, algo inexcusable para obtener un verdadero Aprendizaje.

¿Cómo sería posible tratar de entender una forma tan arcaica de Cultura desde una óptica tan apriorística como suponen, hoy en día, los nuevos patrones de comunicación...?

En efecto, como otros opino que el Continente jamás podrá compararse con el Contenido, ni el Conocimiento podrá equipararse a la Sabiduría. Ahí, consideraba, estaba la principal diferencia; y así lo defendíamos algunos, aunque en minoría aplastante.

Como en la metáfora de Hesse, también el "*Alma del Budô*", no está tan a la vista como muchos pudieran sostener, aunque las apariencias intenten engañarnos, haciéndonos creer que la inmediatez de una mirada o la prontitud de una tecla de ordenador pudieran ser capaces de destapar esa "*Esencia Verdadera*". Un Alma, creo, se ha de hollar, siempre, desde la Experiencia, la Humildad, el Tiempo transcurrido, la Equivocación y el Amor.

Ese diamante, que es el Espíritu del nuestro amado Bujutsu -*Ôkû*- no puede contabilizarse sumando, exclusivamente: informaciones, elementos, registros técnicos o gradaciones menores.

A mi modo de ver, dentro de ese contexto que defendemos, el verdadero espíritu del Bujutsu estará -ahora y siempre- bien preservado, a salvo, siempre, de la voracidad inmediata de estos tiempos rápidos que nos han tocado vivir.